

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.



MONUMENTOS CELTICOS DE MENORCA.

Los Celtas establecidos en España, según la opinión respetable de algunos escritores, fueron los primeros pobladores de las islas Baleares. El erudito Don Juan Ramis y Ramis (1) dice, «no es inverosímil que en el mismo siglo, ó en el siguiente (2) algunos de los Celtas establecidos en Cataluña con lanchas ó barcos de pescar pasasen á estas islas, ó por haberlas visto desde algun monte de dicha provincia, ó con alguna tempestad que mal de su grado les llevase á ellas, y en particular á Mallorca, que es mas inmediata al continente, y desde aquella viesan á Menorca, estando como están las dos tan cercanas y á la vista.» El establecimiento de los Celtas en estas islas lo están comprobando numerosos monumentos de aquellas gentes, que ha respetado el tiempo y que probablemente respetaría hasta el fin de los siglos, si los habitantes no los destruyeran para aprovecharse de la

pedra, como ha sucedido ya con algunos. En Menorca existen mas monumentos celticos, habida proporción, que en Francia, Inglaterra y Escocia. Solo de montañas artificiales existen en tan reducidas islas mas de doscientos.

Encuéntanse restos de las casas ó moradas de los Celtas, sus primeros habitantes, de forma oval, mas que redonda, sus cimientos de piedra seca y su altura poco mas que al nivel del suelo, para evitar de este modo la intemperie del clima. Estas viviendas eran una especie de cavernas, sin mas luz que la que recibían por su entrada. La construcción de casi todas es igual, diferenciándose solo en el número y extensión de sus habitaciones, según era mayor ó menor el rango ó riqueza de sus moradores.

Existen en la isla muchos subterráneos formando galerías, cuya entrada suele ser por unas aberturas ó pozos verticales, ó por otras entradas que procuraban ocultar. Estos subterráneos servíanles de mucho en caso de una invasión para ocultar en ellos sus granos, sus riquezas, y no pocas veces sus mismas personas.

Hállanse tambien muchos círculos, formados de piedras en bruto mas ó menos voluminosas; su figura es por lo regular circular, pero los hay tambien de figura elíptica, semicirculares, triangulares, cuadrilongos, ó ya tambien representando otras

(1) *Historia política y civil de Menorca.* Parte I, pág. 49.

(2) Hace mención del año 1600 antes de Jesucristo en que los celtas de España abandonaron la parte que ocupaban y se establecieron en Aragón y Cataluña.

formas, siempre simétricas. Algunos tienen otros círculos contiguos, separados por un espacio mas ó menos grande; otros tienen además cuatro entradas y al frente de cada una dos líneas de piedras, á corta distancia unas de otras formando un paseo, y todos en sus avenidas esta especie de calles, ya en esta ó la otra direccion. En el centro de estos recintos druidicos se encuentran pilastras caídas fijas en el suelo, ó caídas en tierra, que debían ser *dolmans* (1), ó bien piedras de alguna longitud fijadas en el terreno á manera de términos, que suelen llamar los anticuarios *peulvans* ó *piedras fijas*. Estos *dolmans* y piedras fijas prueban que estos recintos eran los templos de los Celtas, y el sitio en que se congregaban para tratar los negocios de interés público. «Estos santuarios, dice Caumont (2), que apartaban á la gente del bullicio sin impedir á la vista el esplayarse y estenderse, eran muy propios de las ideas de los druidas, que no querían encerrar á la divinidad dentro de murallas. Créese con fundamento que estos monumentos no han servido solo para las ceremonias sagradas. En la infancia de los pueblos los lugares consagrados al culto debían servir al mismo tiempo de tribunal y celebrarse en ellos los consejos y grandes juntas en que se tratasen los grandes intereses de la nacion, las elecciones, etc. Suponen que los recintos druidicos tenían este doble destino, puesto que los druidas eran sacerdotes y legisladores que ponían todo su cuidado en persuadir que la ley tenía su origen inmediatamente de la divinidad.»

El Sr. Ramis, ya citado (3), dice en una de sus obras que son muchos los que de esta especie existen en la isla; sin embargo, no hace la descripción sino de tres, dos en el distrito de Mahon y uno en el de San Cristóval, en forma de anfiteatro. Cree que las figuras simétricas de los círculos eran figuras matemáticas conocidas solo de los druidas, y que las semicirculares eran consagradas á la luna, que adoraban los Celtas. Los *Talayots* son tambien muy numerosos en la isla. Dale este nombre el vulgo por creer servían en lo antiguo de atalayas. Esta clase de monumentos célticos ascendía en 1818, segun ya hemos dicho, á unos doscientos.

No son otra cosa que unas montañas artificiales compuestas de piedras secas, sin argamasa de ninguna especie, que llaman los anticuarios por el objeto á que eran destinados, *tumuli*. El citado escritor, al manifestar su opinion de ser estos *talayots* sepulcros célticos, hace notar la de algunos otros anticuarios que creen fuesen templos druidicos, apoyando su opinion en las piedras fijas ó *peulvans* que suelen encontrarse en la parte superior de alguno de estos monumentos, que como todos saben adoraban los Celtas, de la misma manera que los arroyos, las fuentes y todos los fenómenos de la naturaleza. Las galerías subterráneas cree equivocadamente pudieran ser habitaciones de los sacerdotes druidas, ó prision

de las victimas humanas que inmolaban en los sacrificios que hacían á sus divinidades (1).

Estas conjeturas pudieran ser un tanto probables si las excavaciones hechas en estos monumentos, así en Menorca como en otros puntos, no probaran hasta la evidencia eran sepulcros. Estos monumentos tan sencillos y groseros de los primeros tiempos, eran comunes á muchos pueblos antiguos del Oriente y de la Grecia. Tienen todos una, dos ó mas piezas sepulcrales toscamente abovedadas. En ellas se suelen encontrar huesos humanos, de caballos, perros, astas de ciervo, colmillos de javali, hachas de piedra ó bronce, puntas de flecha, anillos, adornos de mugeres y utensilios de barro toscamente labrados. Los celtas creían en la inmortalidad del alma, y por esto enterraban con el difunto todo aquello que creían pudiera necesitar y estimaba mas en el mundo. En alguno de estos túmulos se encuentran los cadáveres con la cabeza apoyada á la parte del Norte y las piernas dobladas y unidas al cuerpo; en otros, y estos deben ser mas modernos por encontrarse en ellos instrumentos de hierro, están colocados en toda su longitud, y finalmente, en algunos solo se encuentran cenizas.

Muy conveniente sería que la comision de monumentos artísticos é históricos del distrito recogiese todos los objetos de que hemos hablado, que le fuese posible, é impidiese la destruccion de estos antiquísimos monumentos.

Restanos describir uno de estos túmulos que existe á media legua de Alayor, y cuyo grabado va al principio de este artículo. Hemos elegido este por ser uno de los mas notables y enteros que se conservan en la isla. Es un plano circular de unas doscientas varas de diámetro, forma una pirámide con piedras grandes perfectamente unidas, aunque sin argamasa de ninguna especie, tiene de alto treinta varas. Por la parte del Mediodía tiene una entrada ó cavidad por donde puede entrar un hombre doblándose, no sabemos que haya sido reconocida su parte interior y que en ella se haya hecho excavacion alguna. Alrededor de esta montaña artificial hay un camino de espiral de cerca de tres pies de ancho, por el cual se sube hasta la cima.

A corta distancia de este gran túmulo, que suelen llamar en el país el *Talayot de Cairu*, existe sobre una pequeña eminencia, tambien artificial, un *dolman* que tiene diez y seis pies de largo, siete de ancho y veinte pulgadas de grueso (2); á los costados tiene cuatro *peulvans* pequeños ó piedras colocadas verticalmente. Esta mesa de altar estaba destinada sin duda para los sacrificios que debían hacer á los manes de los difuntos del monumento inmediato, que por su magnitud debió pertenecer á alguno de los Celtas mas ricos de Menorca.

Ramis calcula que para edificar un *talayot* de los mas grandes, como es el de Alayor, se emplearían lo menos trescientos operarios por espacio de

(1) *Dolmans*, palabra compuesta de dos voces célticas, *dol* que significa mesa y *men* piedra.

(2) *Cours d'Antiquités monumentales*, tomo I, pág. 400

(3) *Monumentos célticos de la isla de Menorca*, pág. 80. Esta disertación es muy erudita, pero despues de su publicación algunos anticuarios ingleses y franceses han hecho grandes adelantos en el conocimiento de estas antigüedades.

(1) Creían los Celtas que la vida de un hombre podía rescatarse con la de otro hombre; así pues, los que poseían algunas riquezas compraban y sacrificaban victimas humanas. Y generalmente sufrían esta suerte los prisioneros de guerra.

(2) Para los sacrificios que los druidas hacían en estos *dolmans* tan elevados ponían unas escalas.

un año, y seis meses en cortar y trasportar la piedra.

Otro monumento notable existe en la isla, construido de piedra seca en forma de nave; créese también céltico; acaso nos ocuparemos de él en otro artículo.

T. M. y R.

ESPAÑA PINTORESCA.

EL MONASTERIO DE GUADALUPE.

(Continuacion).

Volviendo á seguir el hilo de nuestra historia, nos ocurre advertir á nuestros lectores que si les parecen prolijos los detalles que vamos refiriendo, tengan en consideracion el asiduo trabajo con que los hemos adquirido, ganosos de que se conserven hasta que un día puedan granjearse la universal estimacion en la crónica de nuestro siglo. Pocos escritores habrá que desde hoy puedan reunir en un solo artículo tantos y tan exactos pormenores como nosotros. Hemos tocado la dificultad de registrar originales que ya existen esparcidos y casi ilegibles bajo la reservada custodia de personas que los franquean *una sola vez*, para no desdeñar nada de cuanto á la curiosidad ó al provecho del literato merezca recomendarse. Desde que nosotros visitamos el monumento que vamos examinando, tal vez hayan desaparecido muchos de los documentos que nos suministraran materia para redactar su descripcion: tal vez los vestigios suntuosos del arte, que mas abajo encomiaremos, estén reducidos á escombros y no hayan dejado otra memoria que la que tengan de su existencia algunos testigos que perecerán tambien muy en breve, y el apólogo humilde que nuestra pluma dirige en este momento á la posteridad. Por ella (y lo hemos dicho otro día), nos aprovechamos hasta el abuso del periódico que nos abre sus interesantes columnas; y por ella vamos arrastrando á costa de mil desvelos nuestra modesta piedrecilla al panteon literario de antigüedades artísticas de España. Enojosa es la tarea pero sagrado su objeto.

Dijimos poco hace que los auspicios bajo los cuales fué introducida en Guadalupe la comunidad de monjes Gerónimos, prometian elevarla á la cumbre de la potestad y las riquezas. Y con efecto; el auxilio de los reyes por una parte y la devocion popular por otra eran como dos copiosos manantiales que concurrían á depositar la abundancia en el erario de aquel templo. Apenas se encontrará un palmo de terreno en el término del pueblo que no haya pertenecido á los monjes ó por compra ó donacion. Aun habiendo sufrido los perjuicios y trastornos consiguientes á las últimas agitaciones nacionales, el cuadro estadístico que subsistia al decretarse el esterminio de las órdenes regulares era pasmoso. Descendamos á la suma individual de sus fincas y posesiones, y véase si la codicia de los propietarios frailistas habrá hecho buena presa en aquella montaña, utilizada por la religion.

Contábanse diez y seis huertas, catorce cercas,

nueve olivares, siete viñas, tres pinares, dos dehesas cerradas, un lagar, cinco molinos harineros (1), un pozo de nieve, fabrica de paños, batan, martinete, sierra de agua, y dos caleras, esclusivamente destinadas á la elaboracion de la cal que necesitase el monasterio, sin que de ellas pudieran hacer uso los vecinos del pueblo ni otra persona particular. A mas de esto poseia una granja muy deliciosa para solaces de invierno, y otra donde solian los monjes recrearse en el estio por ser el sitio amenisimo, pintoresco, frondoso y muy sano. En esta quinta, situada en una garganta de la sierra, á la distancia de una legua del pueblo, no falta artículo alguno de comodidad, ni hay cosa que no contribuya á los alegres pasatiempos de la vida campestre. Al ver aquellos bosques de castaños que en los ardientes meridianos del sol de Agosto hacen bajar el mercurio á cinco grados en el termómetro de Reaumur; al espaciarse uno en aquellas galerias entoldadas con hojas de parra, hasta cuyos racimos de azabache y oro brota el agua cristalina formando una cascada de diamantes sobre el grifo ó tazon de mármol, que tal vez colocara el escultor, á la vera de un estanque que convida con sus ondas transparentes á la dulzura del baño; cuando uno goza de tanta poesia en medio de los aires saludables del monte, y lejos de un mundo alborotador que atolondra la vida, trasládase el alma á las rejiones encantadas del Oriente y aduérnese la imaginacion en el regazo virginal de las Nereidas que la conducian por entre árboles y rosas al descanso de los seres inmortales.... El genio mas profano apostata del siglo, y no hay hombre que rehusara haber vestido la hopalanda por un año, á ley de haber pasado una semana en *Mirabel*, como la pasaban los monjes.

Empero no eran los dias de campo solamente aquellos en que las penitencias se proscribian; no habia entre aquella rica familia ese *esfuerzo* que generalmente va aislado en las reuniones de sociedad cuando disponen un dia libre en el retiro, y cuyos estímulos deliciosos abrogan la regla comun y previenen manjares esquisitos que alegren el ánimo y aumenten la eficacia del cuerpo, para que la diversion y el ejercicio no le rindan. Alerto siempre á su lado un tesoro inagotable, los gastos que aquellos placeres motivaban eran insignificantes para el caso. Una nube de réditos pecuniarios renovaba diariamente los fondos de la virgen, y por consecuencia los de su casa: una plaga de regalías los acrecentaba; un diluvio de privilegios alejaba de aquel claustro toda idea de privacion y sostenia la esperanza consoladora de una abundancia perpetua, que nunca habia de menguar.

Hay entre estos privilegios cierto número de concesiones tan extraordinarias que no pueden menos de atribuirse á una virtud fanática de los reyes, ó á un fanatismo virtuoso de los pueblos. En el de Guadalupe, por ejemplo, ejercia un completo feudalismo tanto en el sistema legislativo como en lo que tocaba al orden rural.

(1) En uno de ellos habia una piedra que giraba con tanta velocidad, que en el espacio de una hora molia doce fanegas de trigo. El Rey D. Felipe II quiso ejercerse por sí mismo; y haciendo la esperiencia á su vista con un reló de arena en el año de 1570, se convenció de que molia las doce fanegas y algo mas.

Ningun vecino podia albergar en su casa huéspedes ni forasteros á precio de pupilaje, reservándose esta facultad el monasterio, que poseia muchas posadas particulares y mesones: así como tampoco eran permitidos mas hornos de cocer pan que los que el mismo arrendaba, habiendo de concretarse el vecino que en casa propia le tenia á servirse de él para recurso esclusivo de su familia. Cuando el caso ó las circunstancias lo exigian, hallábase el monasterio autorizado para alojar en cualquier casa del pueblo el número de huéspedes que le pareciere, y sus moradores, bien fuesen propietarios ó inquilinos, tenían obligación de recibirlos. El ganado de cerda que pertenecía al monasterio podia pastear libremente en todo el término de la villa, mas no las pjaras que esta alimentaba para su utilidad y provecho. Con tal que el mantenimiento de los monjes lo reclamase, les era lícito estraer trigo, pan, vino, cebada y otros utensilios de cualquier parte de los reinos de España aunque estuviese prohibida la importacion: y en virtud de una bula de Martino V se hallaban exentos del diezmo, aunque los criados y dependientes del monasterio le pagaban anualmente al prior, como á su párroco que era.

Los herradores, plateros y demás oficios bulliciosos tenían que abstenerse de hacer ruido mientras la comunidad dormia la siesta desde la Pascua de Resurreccion hasta el 14 de setiembre inclusive: y en la mañana del dia de San Juan Bautista todos los vecinos estaban obligados á contribuir al sustento de los monjes con seis fanegas de pan cocido, doce arrobas de vino de lo mejor que se encontrase, diez carneros, tres terneras y sesenta gallinas. Los escribanos de Trujillo aumentaban anualmente este tributo con doscientos sesenta y siete capones, doscientos doce perdices y un buen numerario metálico.

Pediase limosna con anuencia de los reyes y Papas en Castilla, Leon, Aragon, Portugal é Indias, sin el gravamen de cuartas ni de ninguna otra especie. En el arzobispado de Méjico y Veracruz cobraba el santuario de Guadalupe una parte de las mandas forzosas, que un monje de la compañía tenia cuidado de remitir en las flotas reales, juntamente con las limosnas que se recogiesen en una ermita fundada en el Perú por un religioso procedente de este monasterio.

Ninguna imágen de bulto podia levantarse bajo el título de *Guadalupe*, so pena de excomuniones y multas impuestas por los Pontífices y monarcas: y así se vió que cuando los Gerónimos de Madrid quisieron adjudicar aquella advocacion á la patrona de su monasterio, encontraron una resistencia insuperable, conviniéndose por fin en denominarla nuestra Señora de los Angeles.

D. Alonso de los Rios, señor del estado de Fernan Nuñez, encargó en su testamento á su familia y sucesores que todos los años enviasen á la iglesia de Guadalupe veinte y cinco cirios de cera blanca dorados y plateados para que ardiesen en la vispera y oficio de nuestra Señora de Setiembre, y así lo cumplian últimamente dichos caballeros. Los duques de Medina-Sidonia cooperaban tambien con una ofrenda anual que consistia en diez docenas de atunes escojidos y sal para salarlos, sobre sus almadravas de

Zahara y Conil. Un despacho de Carlos II hacia libre de derechos la conduccion de estos atunes con tal de que no pasasen del número referido. A mas de esto percibia el monasterio trescientas fanegas de sal gratuitamente, y dos arrobas de azogue sobre las minas de Almaden todos los años por concesion de Felipe V.

No eran los soberanos de España los que únicamente se mostraban pródigos para con la virgen y casa que vamos examinando bajo el punto de vista que su historia nos presenta: los del reino de Portugal á su vez seguian el ejemplo de los de Castilla otorgándola las mas costosas y apreciables donaciones. Entre ellas se hallan asignadas cincuenta arrobas de azúcar en el almojarifazgo de la alfondega y quintos de la ciudad de Fúncal, en la isla de la Madera: la libre esportacion de otras cien arrobas por via de limosna á la virgen: dos arrobas de pimienta, diez y seis arrates de canela; diez y seis de clavo; diez y seis de jeníjbre y una arroba de incienso, todo anual.

Las dehesas, granjas, molinos y arbolados que en setenta y tres puntos diversos constituian el patrimonio menos principal del monasterio de Guadalupe, engruesaban de una manera incalculable sus rentas, y fuera de ellas las que provenian de juros y alcabalas ascendian á la exorbitante suma de 475,207 reales y 2 maravedis vellon, que se aplicaban en gran parte á la riqueza del templo y á los establecimientos filantrópicos que sostenia bajo su dependencia. Estos eran un colegio gratuito, cuyos alumnos se hallaban clasificados en esternos y seminaristas: dos hospitales de ambos sexos con su correspondiente botica, médicos y número ilimitado de camas: una casa de niños espósitos, en que hasta la edad de siete años se les imponia en los primeros rudimentos de educacion, é innumerables pensiones además, que libraban á no pocas personas de los horrores de la indigencia, consolando sus padecimientos de cualquier especie que fuesen, y aliviando al peregrino, á la viuda y al huérfano con socorros superiores á su necesidad y con cuantiosas limosnas. Pero como el orgullo es una cualidad inherente al hombre que domina, por mas instruido que se halle en las máximas saludables del evangelio, y por mas que de su boca se desprendan á todas horas los consejos de una moral accesible á los débiles, y humilde sin afectacion entre los necesitados, ese generoso desprendimiento que en cierto sentido conquistaba todos los corazones, heria por otra parte sus mas nobles instintos, restringiendo la libertad de obrar, á despecho de las quejas que incesantemente proferia la justicia desatendida. Este feudalismo execrable sublevó á los habitantes de Guadalupe contra el monasterio, y proyectaron quemarle en la tarde del 14 de Diciembre de 1446; su arrojo fué tan general que hasta las mugeres le apoyaron, suministrando á los amotinados piedras con que repulsar á los monjes en la escalera del claustro, los cuales consiguieron calmar el alboroto, entablado capitulaciones de avenencia entre su autoridad y el vecindario. Los monjes, sin embargo, no fueron fieles á la alianza establecida. Luego que la borrasca desapareció de todo punto, se querellaron furiosamente al Rey D. Juan el II, y recayó sobre los culpables de sa-

crilejo una sentencia que les condenaba á la pérdida de sus bienes, despues de haber pedido perdon á la comunidad.

No quisiéramos calumniarla con una inculpación bien indigna por cierto de los sentimientos compasivos que nos consta la animaban en tiempos no muy remotos: pero si hemos de dar importancia á la tradicion, conforme en casi todos sus datos con los originales inequívocos que han pasado por nuestras manos, la inquisicion que, en el capitulo general celebrado en Guadalupe el año de 1462, se acordó proponer al Rey para castigo de toda persona delincuente, brotó de la venganza mal estinguida contra el pueblo una vez sacrilego, á cuyo desarrollo hizo contribuir el general de toda la órden Fr. Alonso de Oropesa, sujeto de gran valía en la corte del impotente D. Enrique. Ya en el año de 1406 habia estrenado los calabozos y servido de cebo á la hoguera santa un monje de Guadalupe, Fr. Diego de Marchena, que habia votado con mucho calor en pro de la instalacion de aquel terrible tribunal, premeditando, sin duda, guarecer su perniciosa conducta á la sombra de un celo ficticio, cuya máscara habia de arrancar bien pronto la mano ignominiosa del verdugo: mas las alteraciones que acosaban al Estado contuvieron los progresos de aquel furor homicida hasta el año de 1485, en que se desbordó por todos los ángulos de la nacion, derramando en todos ellos la consternacion y el espanto.

Siendo inquisidor de Guadalupe Fr. Nuño de Arévalo en el año citado de 1485, y dia 11 de Junio, devoraron las llamas nueve hombres y la estatua del filósofo *Orejuela*. En 51 del mes siguiente padecieron el propio martirio doce hombres y trece mugeres, cuyos nombres han conservado las actas del suceso: al dia siguiente, que era lunes, quemaron diez y seis estatuas de personas ausentes. En 20 de Noviembre del mismo año ardieron dos hombres y cuatro mugeres, y entraron en cárcel perpetua diez y seis hombres, algunos de ellos casados y padres de familia. Veinte y cuatro horas despues pereció un jóven, hijo (dice el manuscrito) de Lope García, el cual desesperado quiso degollarse en la prision, mas no lo consiguió; y vertiendo sangre por la herida, fué conducido al suplicio. El mismo dia 21 por la tarde se arrojaron al fuego veinte y cinco estatuas, dos cargas de libros, y los huesos desenterrados de cuarenta y cinco hombres y mugeres, acusados de haber sido cómplices durante su vida en la herética pravedad. En la fiesta de San Andrés apóstol hicieron auto de fé con una muger que decian ser cristiana vieja, y el primero de Diciembre marcharon los inquisidores, habiendo hecho pregonar á la hora de prima que todos los hombres, mugeres y niños conversos saliesen inmediatamente de Guadalupe y no volviesen jamás.

Réstanos dar una escrupulosa noticia de las visitas con que los Reyes han favorecido al monasterio que nos ocupa, entrando en la descripcion de las bellezas artisticas que contiene, cuyo acrecentamiento han promovido aquellos de un modo ostensible y liberal en repetidas ocasiones.

(Continuará.)

RAFAEL MONJE.

La casa de Pero-Wernandez.

LEYENDA ESPAÑOLA.

CAPITULO IX.

El Alferez y el Escudero.

Al mismo tiempo que el alcalde y el cura tenían la notable entrevista que acabamos de referir, celebrábase en la casa de aquel otra especie de conciliábulo, igualmente á puerta cerrada, entre dos personajes, de los cuales apenas conocemos mas que a uno, y para eso no completamente. Eran el oficial y el escudero, enteramente restablecido aquel de la borra hera pasada, gracias á los cuidados de este, y menos fatigado este otro despues de las trifucas consabidas, merced á haberse recostado un poco, aprovechando el sueño de tres horas á que estuvo rendido su amo no bien le fué administrada la medicina de que se ha hablado ya.

El primero que se despertó fué el alferez, y lo hizo llamando á Diego.

Este, que dormía á sus pies, sacudió el sueño mas bien que por haber oido la voz, por no notar que su amo se movia.

—¿Os sentis otra vez malo? le preguntó.

—¿Malo? No, creo que estoy bueno ya, y aun no recuerdo bien si he estado enfermo. ¿Qué hora es? Parece todavia de noche.

—He cerrado la ventana para que durmieseis mejor.

—¿Pues dónde estamos?

—¡Toma! ¿Dónde hemos de estar? Me parece que caereis en ello ahora que entra la luz del Mediodia.

—¡Huy qué resplandor! No abrais tanto

—¿Os dura todavia...

—¿Qué?

—Pues ya.

—¿Cómo? ¡Ah! sí, ya caigo. Mas supongo, que no habra echado de ver mi tio...

—¿El qué?

—Ya me entendeis.

—¿La borrachera?

—¿Y quien os dice á vos, señor Diego, que yo ha podido embriagarme?

—Oh, no, yo no queria decir eso; pero como las brujas dan brebajes tan parecidos en sus efectos....

—Pues mirad, Diego Perez, no vais mal. A mí han debido darme alguna pócima.

—Al menos, así lo ha dicho el médico.

—¿Cómo! ¿Ha estado el médico á verme? Pues maldito si he tenido noticia... Mas vamos, sí, ya estoy... ¡Ah! Y tambien me habeis hallado en la iglesia. ¿No es verdad?

—Vaya, vaya, me alegro. Parece que vais dando en la cuenta.

—¿Y cómo ha sido eso de encontrarme yo allí?

—Era precisamente la pregunta que yo queria haceros, amo mio.

—¿A mí? ¿Y yo qué sé?

—Vamos, vamos, tratad de serenaros un poco; recojed vuestras ideas, y veamos si entre los dos podemos dar en el quid de lo que ha pasado esta noche.

—¿Esta noche? ¡Ah, si! Ya me acuerdo. Anoche estábamos cenando... y luego vi apagarse la luz... y luego vi brillar un tizon... y luego...

—Os sacudieron con él. Todo eso lo sé perfectamente.

—¿Lo sabeis?

—¿Se necesita otra cosa para estar enterado de ello, que veros la señal en la cara?

—Pero hombre, ¿quién sería el malandrín que usa esas chanzas conmigo?

El escudero no se atrevió á decir *servidor de vuestra merced*, y así se contentó con responder: no es eso para mí lo chocante, sino aquel demonio de féretro en que os vimos tendido cuando el alcalde, su familia y yo bajábamos del tejado á donde habíamos subido en busca de Gavilan.

El perro, que estaba sondormido y atado á los pies de la cama, esperezóse al oír su nombre, como si dijese: *presente*.

—También me acuerdo de eso, dijo el oficial contestando al buen escudero, y tengo así como una idea de que antes de echarme en la tumba, me dieron á beber una cosa que tenía un gusto salado, con sus puntas de amargo y de acre.

—Y bien, ¿quién os dió á beber eso?

—¿Qué sé yo? Unos bultos que me zarandearon y que yo no podía ver, porque estaba la cocina á oscuras. ¡Ay qué rato, Virgen Santísima!

—Pero cuando yo os vi en la tumba estábais rodeado de hachas, y bien encendidas por cierto.

—Brotó la luz sin saber yo cómo, porque entonces me entró la modorra. Pero á bien que no estaba tan dormido como los fantasmas creían, porque no bien cayó sobre mis párpados aquel extraordinario resplandor, abrí los ojos maquinalmente, y entonces vi... mas no, no es posible.

—¿Qué visteis?

—Creí ver... pero no vi, porque repito que no puede ser.

—¡Pero bien! ¿Qué creísteis que vais?

—¡Oh, Dios me libre de decirlo á nadie!

—¿A nadie?

—Nada, nada, no vi nada.

—Eso no puede ser, amo mio. Yo sé que visteis...

—¿A quién?

—¿Creeis que ignoro yo que ha estado aquí una muger llamada... Catalina?

—¡Ah! exclamó el oficial estremeciéndose y cubriéndose el rostro con las manos.

Gavilan ahulló al mismo tiempo.

—¿Qué demonios es esto? dijo Diego para sí. ¿Por qué habrá hecho esos estremos mi amo, ó por qué le hará el duo Gavilan, con solo haber yo dicho *Catalina*?

—¿Con que vos la habeis visto también? exclamó el alférez, despues de un breve rato de silencio.

—¿Tan pronto olvidais, dijo Diego, que cuando estábais en la tumba anoche, me hallaba yo á vuestro lado?

—¡Ah! Si, ya me acuerdo, erais vos... y hablá-

bamos de ella, ¿no es cierto? Pero no nos oía nadie, ¿es verdad? ¡Ah! decidme que nadie nos oía.

—Así por lo menos lo creo, porque cuando yo estaba aquí, el alcalde había huido espantado y toda la familia con él. ¿Mas qué importa que nada oyese anoche, si lo había de oír esta mañana?

—¿Esta mañana?

—Si por cierto. El alcalde á lo menos ha dicho que cuando yo salí de la iglesia á fin de contener á Gavilan y vos quedasteis en la sacristía, comenzasteis á hablar mil despropósitos delante del cura y de él, diciendo Catalina! Catalina!

El perro volvió á ahullar de nuevo.

—¡Y estaba el vicario delante! exclamó el oficial consternado. ¡Oh Dios mio, Dios mio, qué imprudencia! Pero yo nada he dicho, ¿no es cierto? Yo no he hecho sino pronunciar ese nombre; pero no he dicho nada de veneno, ni...

—¿De veneno! ¿qué es lo que decis?

—¿Pues no habeis dicho que lo sabeis todo? ¿No decis que habeis visto á la condesa?

—¡A la condesa! murmuró Diego, cada vez mas maravillado.

—¡Ah! Ya decia yo que era imposible, exclamó el oficial alzando las manos al cielo. ¿A qué había de salir de la tumba para venir á atormentarme? ¿Qué culpa tengo yo en todo eso? Yo no lo hice por mi voluntad; yo fui un instrumento, un autómatas, un ser tan irresponsable cual lo hubiese sido una teja que el viento hubiera movido. y la hubiera hecho caer sobre su cabeza al tener aquella infeliz la desgracia de pasar por debajo.

Al espresarse el oficial así, retorciase las manos con dolor, y hacia tales muecas y estremos, que Diego temió al observarle volviere á perder la cabeza. Su pulso latía con violencia, y los ojos parecían querer salirse de las órbitas. El escudero le dió á beber agua, y le roció la cara también. Con esto serenóse algun tanto.

—¿Estais ya mejor? preguntó el escudero, despues de un largo rato de silencio.

—Me ha probado muy bien el agua, contestó el oficial dando un suspiro. No hagais caso de lo que me ois decir. Me dura todavia lo de anoche.

—En cuanto á eso, perdonad, amo mio. Lo que es esta mañana, os duraba; pero ahora estoy seguro que no. Vos teneis ahí dentro alguna cosa que nada tiene que ver con el vino.

—Restos del brebaje sin duda.

—No diré que no, si os lo han dado; ¿pero qué brebaje peor que una pena sepultada en el pecho? Vos teneis un secreto terrible, y creedme, no estareis bueno hasta que me lo comuniquéis.

—¡Diego Perez!

—¡Ah! Perdonad. Conozco que soy indiscreto. ¿Qué derecho me asiste á saber lo que pasa en vuestro interior? Nada, nada, no quiero saber nada.

—¡Diego Perez!

—Además, ¿qué servicios os he prestado en el corto tiempo que me habeis tenido á vuestras órdenes? ¿Salvaros la vida dos veces? Valiente cosa para que un criado aspire á merecer la confianza de su señor!

—¿Estamos solos? dijo el oficial.

—Si no es que oigan las paredes, como dicen!

—Todo pudiera ser, amigo Diego.

—En tal caso, poco habiéráis ganado con vuestra exquisita reserva, porque á tener oídos las paredes, estarían hace rato enteradas, ya que no de los portadores, al menos de la esencia del secreto, porque si no me engaño, amo mio, eso que me habeis dicho de veneno trasciende á asesinato de cien leguas.

—¡Diego! No alceis tanto la voz.

—¡Oh! Pues vos no hablabais á sordos. Afortunadamente este cuarto es lo mas retirado de la casa, y si no mienten aquellas ventanas que veo cerradas en frente á la otra parte de ese huertecillo, la familia del señor alcalde está durmiendo ó se ha marchado fuera.

—Sin embargo, no seria malo que salieseis á ver....

—No temais. He tomado ya mis medidas para que nadie pueda sorprendernos.

—¿Cómo?

—Antes de echarme con vos, he colgado en la otra puerta de afuera, acá por la parte interior, tres desmesurados cencerros que el alcalde tenia aqui, y esa puerta no puede abrirse sin que se alborote la casa.

—Y por qué habeis tomado esa precaucion?

—Porque al oiros decir mil disparates cuando el médico vino á visitaros, presumí que despues de descansar tendríais que decirme alguna cosa, y ya veis que no me he equivocado. Así, estad tranquilo, amo mio. Los cencerros están en su puesto, como podeis verlos vos mismo por el ojo de la cerradura de la puerta de este aposento, y no dudeis que nos avisarán cuando alguno se acerque á la otra.

—Sin embargo, no seria malo que salieseis vos al pasillo, y vieseis que en efecto no hay nadie.

—Lo haré no mas que para quitaros hasta el último asomo de duda. Abro, pues, la puerta y... ¿veis? ¡Nada! Con que si no es que temais que pueda vuestra voz ser oída al través de esas paredes maestras, lo que es de esa pobre ventana maldito si debeis recelar, estando por un lado tan alta, y cayendo por otro á ese huerto donde ni aun lechuga se vé con ser fruta de la estacion. Tal es el abandono en que está.

—Sentaos, Diego Perez, sentaos, y juradme no revelar á nadie el secreto que os voy á confiar.

—Un soldado no jura, amo mio. Su palabra es lo mas solemne hasta para hacer testamento, bastando que escriba en la arena *esta es mi última voluntad*, para que no se la lleve el aire, como sucede generalmente con lo que dicen los demás hombres.

El alférez estrechó entre las suyas las manos del escudero, y le dijo de esta manera:

(Continuará.)

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

POESIA.

A UN PINTOR.

Salud al genio de mi patria gloria,
al eminente artista á quien la fama

páginas de oro ofrecerá en la historia,
y á quien por grande el universo aclama.

Salud al que cual Dios tiene en su mente
ese mundo inmortal de las creaciones,
al que los rasgos de su genio ardiente
harán vivir cien mil generaciones.

Salve al que ostenta inmenso poderio
en el arte sublime de un Apeles,
salve al que esclama: «el universo es mio»
al tomar su tabloza y sus pinceles.

Yo te saludo, y hasta la alta cumbre
donde tu gloria el porvenir sujeta
subirá en nubes de radiosa lumbre
la inspiracion sublime del poeta.

Mas para alzar mi cántico orgulloso
une á las tuyas mis amigas manos,
que al Pintor y al Poeta, gran coloso,
el genio brillador los hace hermanos.

E iremos por caminos de albas flores
á ver el númen que la mente inspira:
que á donde llegas tú con tus colores
puede llegar del trovador la lira.

Y al mirar nuestras obras pediremos
un mas allá del mundo en que vivimos,
y al fin un mas allá conquistaremos
pues con rasgos del genio lo pedimos.

Pintarás una noche tormentosa
en que cruce la atmósfera el granizo,
y harás ver una escena desastrosa
á la luz del relámpago rojizo.

Y allí un palacio que devora el fuego,
y allí entre escombros fulgidos y ardientes
un tierno niño que en sentido ruego
eleva á Dios sus manos inocentes.

Y mas allá su madre cariñosa
que al verlo lanza atronador gemitio,
y se arroja á aquel piélago afanoso
llamando á el ángel que miró perdido.

Y atraviesa las llamas, y ya llega,
enagenada en plácida alegría,
mirando al niño que á su Dios le ruega,
y que al verla le grita: ¡madre mia!

Pero falta á los dos el pavimento,
mas hinchadas las llamas aparecen,
furioso arrecia con fragor el viento,
y entre llamas los dos desaparecen.

Los mira inmensa multitud, que errante
un grito lanza que en los aires flota,
y una nube aparece en el instante
que aun mas y mas la atmósfera encapota.

Yo le daré la voz á esa tormenta,
yo haré que brame el huracan violento,
yo haré á esa madre con su pena cruenta
los ejes conmover del firmamento.

La historia cantaré de ese palacio,
los llantos de esa madre dolorida,
los eléctricos mares del espacio,
y el grito de esa gente conmovida.

Y ese cuadro del templo de la ciencia,
y esos objetos nos darán la palma:
dales tú con tus manos la existencia,
yo les daré con mi cancion el alma.

Pinta despues en la apacible aurora
bajo el ancho arteson del firmamento,
en medio una pradera seductora

que manso besa susurrando el viento
Mil aves que cantando juguetean,
y fantásticos cisnes, y palomas
que al aire puro su plumaje ondean
allá en la cumbre de empinadas lomas.

Y algazara, y amores, y alegrías,
y brindis, y festines, y placeres,
y hombres mil entre báquicas orgías
en brazos de hermosísimas mugeres.

Abre despues el bien que nos legaron
nuestros abuelos: la elocuente historia
y pinta esas acciones que pasaron,
pero que viven siempre en la memoria.

Y allí nuestras mas nobles banderolas,
y al pie rendida de la cruz cristiana,
por nuestras bravas huestes españolas
la altiva media luna musulmana.

Y esa en que vimos, sin igual campaña,
á mas de nuestras glorias siempre ilesas,
bajo las garras del Leon de España
las imperiales águilas francesas.

Recorre luego nuestros libros santos,
y pinta el hecho de dolor profundo

al ver María entre angustiosos llantos
crucificado al Salvador del mundo.

Y cuando seco el manantial copioso
del vivo fuego que entusiasmo imprime,
y en alas de tu espíritu ardoroso
hayas pintado la creacion sublime,

Llega hasta mi, y al abrazarte, ufanos
miraremos los dos con altiveza:
pues tengo yo para tus sábias manos
otro mundo mayor en mi cabeza.

Le daré los magníficos adornos
de la lira de Homero el ser divino,
tú le darás los mágicos contornos
del artista inmortal gloria de Urbino.

Será esa gloria nuestra dulce egida,
y ella, Pintor, nos rendirá la palma:
dale á esos cuadros con tus manos vida,
yo les daré con mi cancion el alma.

Tu alta ambicion á mi ambicion sujeta,
y al ver la senda que entre flores nuestro
abrácese el Pintor con el Poeta
y digan con orgullo «el mundo es nuestro.»

IGNACIO GARCIA LOVERA.

PELIGROS DE MADRID.



Perfumes nocturnos.

Madrid.—1847.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. D. de la Cruz, Calle de Hortaleza núm. 89.